



SERMONS
THAT WORK



SERMONES DE *Semana Santa y Pascua de 2021*

Una ofrenda de los
Sermones que Iluminan

LA IGLESIA *Episcopal*

Semana Santa de 2021

Estimado lector/a:

Gracias por descargar *Sermones de Semana Santa y Pascua de 2021*, una colección de materiales preparados por algunos de los mejores predicadores de la Iglesia Episcopal.

Sermones que iluminan, un ministerio de la Oficina de Comunicaciones de la Iglesia Episcopal, ha brindado gratuitamente sermones, estudios bíblicos e insertos de boletines de alta calidad desde 1995. Cada semana, nos complacemos en procurar, revisar y publicar estas piezas; esperamos que las mismas y los textos correspondientes de las Escrituras, te resulten edificantes al escucharlos, leerlos, marcarlos, aprenderlos e interiorizarlos.

En enero de 2020, para cumplir con las demandas de un programa de producción, escribí una carta de bienvenida para la compilación de los sermones de Semana Santa del año pasado. Estas no son cartas divertidas de escribir; afortunadamente (supongo), el frío y la oscuridad del invierno en Minnesota ofrecen un escenario adecuado para escribir sobre la muerte, el duelo, la tristeza y la dureza del corazón humano.

Pero ninguna noche fría podría haberme preparado, ni a ninguno de nosotros, para lo que estaba por venir.

A medida que transcurrían febrero y principios de marzo del año pasado, había pocos indicios de que se avecinaban los catastróficos eventos de 2020. Y de repente, los oficios de culto se cancelaron y se transmitieron por Internet. Y se cancelaron los planes de viajes. Y las escuelas se cerraron. Y el trabajo se hizo totalmente a distancia para muchos de

nosotros. Y luego la enfermedad y la muerte se propagaron por nuestras comunidades, deshaciendo casi todo por lo que nos habíamos esforzado arduamente en planificar, crear y hacer. Durante más de un año, nos hemos sentido completamente impotentes, anhelando algo, cualquier cosa, que nos sostenga un poco más.

No escribo esto simplemente para revivir tiempos muy, pero muy difíciles. Tampoco lo escribo con un final optimista en mente, convirtiendo la pandemia en una lección moral; no, hemos atravesado ciertamente una mala racha, afligidos por la enfermedad, la incertidumbre económica, el hambre desbocada, las empresas en quiebra, una calamitosa salud mental, años perdidos de educación y sobriedad y trabajo y tiempo con nuestros amigos y familiares, y mucho más.

Más bien, estoy revisando dónde hemos estado, porque tenemos que seguir adelante. Esta senda, aunque larga, ha estado jalona da por un ministerio heroico de nuestras congregaciones y diócesis. Si bien nos hemos sentido solos, no hemos sido abandonados, ni por Dios, ni por la Iglesia, esto lo sabemos. Pero hay muchos más que no lo saben. Este año, tenemos una urgencia particular en cuanto a compartir el amor de nuestro Señor con nuestras comunidades devastadas. Exigirá mucho empeño y fuerza, pero lo más importante, exigirá valor. Entonces, como Jesús, afirmaremos nuestros rostros para ir a Jerusalén, caminando juntos a través del dolor y hacia la Resurrección.

En nombre de *Sermones que iluminan* y de la Oficina de Comunicaciones de la Iglesia Episcopal, te deseo una bendita Semana Santa y una Pascua feliz.

Tu hermano en Cristo,
Christopher Sikkema
Iglesia Episcopal

Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

COLECTA

Dios omnipotente y eterno, en tu tierno amor hacia el género humano, enviaste a tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo para asumir nuestra naturaleza, y padecer muerte en la cruz, mostrándonos ejemplo de su gran humildad: Concédenos, en tu misericordia, que caminemos por el sendero de su padecimiento y participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

READINGS:

**ISAÍAS 50:4-9A; SALMO 31:9-16; FILIPENSES 2:5-11;
SAN MARCOS 14:1-15:47 O 15:1-39, (40-47)**

DOMINGO DE PASIÓN: DOMINGO DE RAMOS

El Rvdo. Dr. Juan Oliver

Era la Pascua y había mucho alboroto en Jerusalén. Era la Pascua, el aniversario de la liberación de los judíos de su esclavitud en Egipto. La Pascua, cuando Dios había librado a su pueblo para guiarlo a una tierra nueva. Era la pascua y Jerusalén estaba llena de millares de peregrinos venidos a celebrar la fiesta. No había dónde meterse.

Y precisamente por eso el gobernador romano, Poncio Pilato, había venido también a Jerusalén, no a pie, como los demás, sino en un caballote, rodeado de un pelotón de soldados armados. Era común ver esta escena en el Imperio Romano: los dignatarios llegaban a una ciudad con toda la pompa, ya fuera como parte de una visita para recaudar impuestos, o

para celebrar un triunfo sobre sus enemigos; el pueblo los recibía con alabanzas, agitando ramas de palma u olivos.

Podemos imaginar que Pilato también habría llegado a Jerusalén, desde su cuartel general en Cesárea de Filipo, de esta manera, un día como hoy. Imaginemos que entra a la ciudad santa esta mañana, vestido de su armadura y capa roja, casco y espada, con su ejército, un general imponente, importante y poderoso. El mandamás. El pueblo, extasiado lo recibe como era costumbre gritando alabanzas y agitando ramos. Así fue probablemente, dicen los peritos del Nuevo Testamento, la entrada triunfal de Pilatos a Jerusalén esa Pascua, un día como hoy.

Por otro rincón de la ciudad entraba otra persona “mucho menos importante”. No llegó montado a caballo, sino en un burrito; no rodeado de soldados, sino de niños. Algunos, entre asombro, miedo y esperanza, lo recibían gritando: “¡Este es el heredero del Rey David, el Mesías! ¡El Mesías, escogido de Dios! ¡Hosanna en las alturas!”. Y tendían sus mantos por el camino en señal de honor. ¿Se estaría burlando Jesús de Pilato con todo este teatro? ¿Se estaría burlando la gente que lo recibió?

A Pilato le debió llegar el reporte: “Oiga, Comandante Gobernador Pilatos, parece que hay un torbellino llegando del monte de los olivos, porque una gentuza está aclamando a un tipo, como que es ‘Rey de Israel’, y gritan “¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor!”. A Pilato se le debieron poner los pelos de punta.

Con tanta gente en la ciudad durante una festividad como ésta, era muy posible que se encendiera la mecha revolucionaria y surgiera un levantamiento contra Roma. Ya había gangas de matones -los sicarios- que se dedicaban

a apuñalar secretamente a los que cooperaban con los invasores romanos. Así que, por supuesto, Pilato comenzó enseguida a planificar cómo eliminar a este supuesto “Rey de Israel”. Pero debemos detenernos aquí a preguntarnos: ¿Por qué era tan popular este Jesús?

Al comenzar esta Semana Santa, notemos la conexión que existe entre el estilo de vida, el mensaje, el ministerio de Jesús, su arresto y ejecución, con otro revolucionario cualquiera. Jesús era popular porque sanaba enfermos, respetaba a los inmigrantes, cenaba con gente considerada indeseable y proclamaba el perdón de los pecados *gratis*, sin tener que llevar ofrendas al templo, porque era alguien que criticaba a los hipócritas religiosos y al clero del Templo quienes eran compinches de los invasores romanos. Si hubiéramos sido nosotros los sacerdotes, nos hubiéramos preocupado por nuestro sustento; cualquier ataque a Roma también hubiera sido un ataque al sacerdocio del Templo, el cual había sido colocado en su puesto por los invasores. Para colmo, el mensaje de Jesús era la llegada del Reino de Dios, un reino diferente al romano basado en la violencia, el robo, la mentira, el abuso, la violencia y el odio. Llegaba un nuevo Reino, el de Dios, aquí entre nosotros, lleno de la verdad, justicia, paz y amor para todos: el mundo como Dios manda.

Y así, porque Pilato tenía su popularidad, este Rey tuvo que pasar angustia, vergüenza y dolor hasta morir, desnudo y ensangrentado, ejecutado como un criminal. Le fallaron las fuerzas, fue objeto de desprecio y visto con horror por sus vecinos y con pavor por sus conocidos. Eventualmente no podían ni mirarlo; hasta sus discípulos huyeron de él. Pero Él confió en Dios y se puso en las manos del Padre, su defensor.

Este verdadero Rey, que reina muriendo en una cruz, es al que hoy nosotros como cristianos seguimos también.

Este Rey que no insistió en aferrarse a su poder e igualdad con Dios, sino que haciéndose igualito a nosotros como ser humano, se vació de sí mismo en servicio a los demás, tomando forma de siervo. Un Rey que se humilló, obedeciendo a Dios hasta la muerte ¡y muerte de cruz! Fue obediente a Dios, sirviendo a la verdad, la justicia, la paz y el amor.

Hoy nosotros también lo recibimos con palmas y alabanzas. No son para los Pilatos de este mundo. No estamos dándole la bienvenida al presidente de la nación o a algún otro personaje, sino a nuestro *verdadero* presidente: Jesús, el Hijo de Dios, el que por nosotros nació, creció, predicó, sanó, alimentó, lloró, perdonó y confrontó a los abusadores del pueblo. Como consecuencia de todo esto sufrió, murió y fue levantado de la muerte por Dios a la vida nueva y exaltado sobre todos. Nuestros ramos este domingo no sólo proclaman a Jesús como Rey victorioso, sino también proclaman que *los poderosos no tienen verdadero poder sobre nosotros*.

Aun así, es bastante peligroso adorar a un Jesús imperial, proyectando sobre él nuestra propia grandiosidad, lleno de poder, majestad y popularidad, sin una sola gota de ironía. Tal visión de la entrada “triunfal” es una ilusión nuestra, queriendo participar en su resurrección, sin abrazar su cruz, su sufrimiento a causa de la justicia; es tratar de ser a la misma vez, discípulos de Cristo y mandamases. *No es posible*.

La vergüenza y el dolor de la cruz fueron el precio que Jesús pagó por romper las reglas, ponerse del lado de los más pobres e indigentes, enfrentarse a los poderosos y, sobre todo, criticar a los hipócritas religiosos de su época (“charlatanes” en griego). A su sufrimiento, y a la luz de éste, traemos todo nuestro sufrimiento, desde un dolor de muelas

hasta la pérdida de un hijo, y en su cruz encontramos sentido y sanación.

Así pues, aplaudimos y alabamos a Cristo Rey este domingo, pero temblamos aún mientras cantamos “hosannas”. Entendemos muy bien el mensaje: el precio de su obediencia a Dios es también el posible precio de *nuestra* obediencia como sus discípulos. Por esto, después de la alegría y celebración con los ramos, la Iglesia nos hace escuchar la Pasión del Rey triunfante en una cruz.

Pidámosle pues, hoy a Dios, que nos otorgue a cada uno esa misma actitud que tuvo Jesús, y preguntémonos ¿cómo nos llama Dios a parecernos más a este verdadero Rey que nos invita a seguirlo? ¿Cómo y cuándo tenemos que abrazar su estilo de vida y quizás también el precio de nuestro seguimiento?

Pero recordemos, cuando lo enterraron en un sepulcro nuevo, cerca del Calvario, taparon la entrada con una piedra. Sin embargo, María Magdalena y María, la madre de José, notaron dónde lo ponían...

Amén.

El Rvdo. Dr. Juan Oliver es el Guardián del Libro de Oración Común y Presidente del Equipo de Trabajo para Traducciones Litúrgicas de la Comisión Permanente de Liturgia y Música de la Iglesia Episcopal.

Jueves Santo

COLECTA

Padre todopoderoso, cuyo amado Hijo, en la víspera de su padecimiento, instituyó el Sacramento de su Cuerpo y Sangre: Concédenos, en tu misericordia, que lo recibamos con gratitud como memorial de Jesucristo nuestro Señor, que en estos santos misterios nos da una prenda de la vida eterna; quien vive ahora y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

READINGS:

**EXODO 12:1-4, (5-10), 11-14; SALMO 116:1, 10-17;
I CORINTIOS 11:23-26; SAN JUAN 13:1-17, 31B-35**

JUEVES SANTO

Rvdo. Edgar A. Gutiérrez-Duarte

Hoy, Jueves Santo, recordamos los hechos ocurridos el día anterior a la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo; recordamos dos de sus más grandes legados: La Santa Comunión y el nuevo mandamiento. Jesús sabía que la hora de su sacrificio en la cruz se acercaba y por tanto se dispuso a celebrar la última cena con sus discípulos. Ésta tendría lugar en el marco de la celebración de la cena pascual.

Como sabemos, la cena de la pascua es parte central de una de las fiestas más importantes de los judíos: el “Passover” o Pésaj. La cena pascual, descrita en detalle en la primera lectura de hoy, es un recordatorio de la noche anterior a la liberación del pueblo de Israel de su esclavitud en Egipto. Esa noche, la sangre del cordero pascual, untada en el marco de

las puertas de las casas de los israelitas, salvó la vida de sus hijos mayores, y su carne les sirvió de alimento para la larga jornada hacia la libertad, lo que ocurrió al día siguiente. La cena pascual, entonces, fue la última cena del pueblo de Israel durante su esclavitud y le preparó para su liberación. Nuestro Señor Jesucristo y sus discípulos, como judíos que eran, observaban fielmente esta fiesta, por esto les convocó para celebrar su última cena pascual con ellos.

Debido a que la última cena ocurrió el día anterior a la muerte de nuestro Señor en la cruz, es decir, a su sacrificio por el cual nos liberó de la esclavitud del pecado, la última cena pasó a convertirse para nosotros, los cristianos, en nuestra cena pascual: ésta es la cena mediante la cual se afirma nuestra liberación del pecado y nuestra redención; ésta es la cena durante la cual el Cordero de Dios nos alimenta espiritualmente con su carne y nos protege de la muerte en el pecado mediante su sangre. Así como Dios mandó a los israelitas a celebrar el Passover todos los años y por siempre, nuestro Señor Jesús nos mandó celebrar esta Santa Comunión cada vez que nos reunamos en memoria suya.

Es importante observar que, al establecer el Sacramento de la Santa Comunión, Jesús terminó de una vez y para siempre el derramamiento de sangre inocente que ocurría con la cena del Passover: Jesús se convirtió en el Cordero Pascual que quita los pecados del mundo, quien se da a nosotros vivo y realmente presente en el pan y el vino que compartimos, los cuales fortalecen nuestra alma para la jornada de liberación del pecado en nuestras vidas. Al darse a sí mismo como nuestro alimento espiritual, Jesús nos invita a todos, sin distinción ni barrera de ninguna clase, a recibir la Santa Comunión.

Es tan central este acontecimiento, que no sólo los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas nos narran este hecho, a través del cual Jesús transforma los elementos básicos y cotidianos del pan y el vino mediante su presencia real en ellos para la alimentación y fortalecimiento de la vida de todo cristiano, sino que también es narrado por Pablo en el texto que leímos hoy, de la primera carta a la comunidad de Corinto, siendo ésta la narración más antigua de la institución de la Eucaristía.

Sin embargo, Jesús, en el evangelio de San Juan que hemos leído hoy, en el marco de esta última cena, nos deja además una gran enseñanza y un nuevo mandamiento. Una vez terminada la cena, Jesús se puso a lavarles los pies a los discípulos, lo cual les llenó de asombro y de resistencia a Pedro cuando llegó su turno, seguramente por un sentimiento muy sincero de no ser digno de ello. Jesús, sin embargo, le dice que, si no le permite servirle, no puede ser discípulo suyo. Y es que, en los tiempos bíblicos, lavarle los pies a alguien no era un acto de humillación como se puede entender en algunos contextos contemporáneos. Para muchos, la reacción de Pedro es completamente lógica; incluso se puede observar la misma dificultad para participar en el lavado de los pies en iglesias donde se incluye esta actividad en la celebración del Jueves Santo. En los tiempos bíblicos, el lavado de pies era una muestra muy profunda de hospitalidad. Recordemos cómo Lot, en el libro del Génesis, ofrece lavarle los pies a los tres ángeles que lo visitan, y en el Evangelio de San Lucas, Jesús reprocha a Simón, el fariseo, por no haberle ofrecido agua para lavarse los pies mientras que una mujer se los lavó con sus lágrimas.

Con el lavado de los pies, Jesús quiso enseñar a los discípulos a ser humildes, a ayudarse y apoyarse unos a otros en toda circunstancia sin consideraciones de privilegio o de posición

de autoridad. Jesús les dijo: “¿Entienden ustedes lo que les he hecho? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y Señor, les he lavado a ustedes los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado un ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho.”

Pero Jesús no sólo nos enseñó a llevar una vida de servicio y humildad, no sólo nos dio ejemplo hasta el final, en la Cruz, también nos mandó que nos amáramos los unos a los otros, diciendo: “Les doy este mandamiento nuevo: Que se amen los unos a los otros. Así como yo los amo a ustedes, así deben amarse ustedes los unos a los otros. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son discípulos míos.” Estas palabras son similares a las que Jesús dirigió a Pedro cuando éste se negó a dejarle que le lavara los pies: “Si no te los lavo, no podrás ser de los míos.” Para ser un verdadero discípulo de Jesús, es necesario amar y servir al prójimo, como Jesús nos amó y se entregó por nosotros.

Jesús, momentos antes de ser arrestado para luego ser condenado a muerte en la cruz, nos deja estas últimas enseñanzas, las cuales encierran en sí todas las que dio a lo largo de su vida pública: La vida del cristiano se caracteriza por el amor de unos para con otros. El cristiano muestra su amor, devoción y consagración a Dios no con palabras solamente, sino con actos de amor, generosidad, misericordia y compasión. El seguidor de Cristo se compadece de los que sufren y comparte con ellos lo que tiene. El seguidor de Cristo no guarda rencores ni busca venganza, sino que perdona, como Jesús nos perdonó.

Así que ahora, cuando recordamos estos misterios en las últimas horas antes del comienzo de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, propongámonos, de todo corazón,

seguirlo, cargando nuestra propia cruz a cuestas, dando pasos firmes hacia el calvario, con el gozo de su presencia constante a través de la Santa Eucaristía y con el firme propósito de honrarlo y obedecerlo a través de nuestro esfuerzo por amarnos unos a otros como él nos amó y se entregó por nosotros. Amén.

El Rvdo. Edgar A. Gutiérrez-Duarte es Vicario de la Misión St. Luke's-San Lucas en Chelsea, Massachusetts. Sirve como director del Comité Diocesano para Ministerio Hispano, y es miembro de la Junta de Directores de la Colaborativa de Chelsea, organización que sirve a inmigrantes y trabajadores del área.

Viernes Santo

COLECTA

Mira con bondad, te suplicamos, Dios omnipotente, a esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo aceptó ser traicionado y entregado a hombres crueles, y sufrir muerte en la cruz; quien vive ahora y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

READINGS:

**ISAÍAS 52:13-53:12; SALMO 22; HEBREOS 10:16-25
O HEBREOS 4:14-16; 5:7-9; SAN JUAN 18:1-19:42**

VIERNES SANTO

Rvdo. Alfredo Feregrino

Cuenta la historia que un sacerdote, mientras visitaba a los enfermos de un hospital infantil, visitó a un niño de siete añitos quien tenía una infección en su piernita, la cual estaba en peligro de ser amputada. Este niño, en medio de su terrible dolor, después de interactuar con el sacerdote le hizo esta profunda pregunta: “¿Por qué Dios no me ayuda? ... ¿Por qué yo?”. El sacerdote realmente no sabía cómo responder; la pregunta le cayó como cántaro de agua fría. Ésta era una pregunta cargada con un excedente de significado. Y sí, muchas veces, en estas situaciones difíciles, es mejor no apresurarse a contestar.

Lo que hizo aquel sacerdote fue responder con paciencia, diciéndole al niño que Dios siempre estaba con él, que nunca lo había abandonado; le dijo que percibiera a Dios, que lo sintiera porque él estaba ahí, con él, en la habitación, en ese

preciso momento. Cuando el sacerdote terminó de decir lo que realmente creía y sentía, el niño estuvo en paz, cerró sus ojitos y volvió a dormir.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. El salmista clama a Dios con una expresión sin igual, de dolor y pérdida. Es el mismo grito que Jesús exclamaría, según está narrado en el evangelio de Marcos y Mateo, cuando se encontraba frente a la muerte, y a una violenta, en la cruz. El pasaje del evangelio de Juan, que escuchamos hoy, también describe este drama de Jesús, desde su arresto, poco después de la última comida con sus discípulos. Jesús enfrenta con valentía la muerte que se acerca; en su encuentro con Judas y los que vienen a arrestarlo, Jesús toma su posición con tranquilidad y con conciencia de su fin. Pero al final, siendo verdaderamente humano, Jesús estaba sufriendo también. La misma pregunta del salmista y de Jesús en la cruz, es muy similar a la del niño de la historia inicial. En su desesperación, el niño en el hospital infantil, pregunta al sacerdote: “¿Por qué Dios no me ayuda? ¿Por qué yo?”.

Jesús, en el Gólgota, fue clavado en la cruz, en esa madera podrida destinada a ser un símbolo de vergüenza y humillación. Estaba sintiendo el dolor que el hierro oxidado producía al atravesar sus nervios y huesos y estaba luchando para entender también por qué estaba allí. En medio de este calor seco e intenso del desierto, que sólo es posible a las tres de la tarde, Jesús lloró con voz fuerte: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Apenas podemos imaginar lo que pasaba por la cabeza de Jesús en ese momento: ¡Padre, ¿dónde estás?! ¡tengo sed, tengo sed, quiero agua! ¡Estoy sangrando! ¡Dónde estás padre? ¡Por qué no me ayudas?! ¡Por qué me has abandonado? ¡Por qué nos has abandonado?!

Probablemente muchos hemos experimentado este tipo de abandono de una manera u otra; hemos vivido acontecimientos inusuales e inesperados en un abrir y cerrar de ojos, y lo que pensábamos que era sólido y firme se ha desvanecido en el aire. Seguramente, muchos de nosotros hemos vivido -o estamos viviendo- esta realidad con la pandemia que parece no tener fin. Tal vez este “abandono” que sentimos se explica en la pérdida de un ser querido, en una enfermedad, la pérdida de un trabajo; tal vez nuestras cuentas por pagar nuestra supervivencia básica se están acumulando y de repente estamos involucrados en esta ansiedad constante y preocupación que destruye nuestra capacidad de tener fe. Sí, en algún momento de nuestras vidas, experimentamos abandonos; en algún momento de nuestra vida experimentamos la ausencia de Dios. Pero Dios, en Cristo, experimentó la muerte en la cruz. Sí, Cristo sufrió y murió, pero el Padre no lo abandonó en la cruz.

Dios no nos ha abandonado. Él está presente con nosotros ahora en este mismo momento, está caminando con nosotros en nuestro sufrimiento, en nuestro dolor y en nuestras lágrimas; está caminando con nosotros cuando nos enfrentamos a la crisis y a la desesperación. Cuando este niño estaba en su habitación del hospital, llegó a creer que Dios estaba con él, en medio de su dolor, en el agua que estaba bebiendo, en la dedicación de las enfermeras y médicos, en las oraciones y el amor de todas las personas que lo rodeaban. Así que cuando gritemos e imploremos a Dios: “Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?”, sepamos que, justo en ese clamor, estamos en las manos de Dios. En cierto modo, como dijo un teólogo muy sabio, este grito de dolor es la misteriosa y enigmática declaración de que Dios siempre estará con nosotros.

Sí, Dios estará siempre con nosotros, incluso en medio de nuestro propio abandono. Amén.

El Rvdo. Alfredo Feregrino, es nativo de la Ciudad de México y obtuvo su Maestría en Divinidad en la Escuela de Teología y Ministerio en Seattle University donde obtuvo también el primer Dr. Rod Romney “preaching award”. Fue desarrollador de misión en una congregación bilingüe y bicultural en Seattle/Renton Washington y ahora es Rector Asociado en All Saints Church en Pasadena, California, donde está al cargo del desarrollo congregacional.

La Gran Vigilia Pascual

COLECTA

Oh Dios, que hiciste resplandecer esta noche santísima con la gloria de la resurrección del Señor: Aviva en tu Iglesia aquel Espíritu de adopción que nos es dado en el Bautismo, para que nosotros, siendo renovados tanto en cuerpo como en mente, te adoremos en sinceridad y verdad; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén

READINGS:

**EXODO 14:10-31; 15:20-21; SALMO 114;
ROMANOS 6:3-11; SAN MATEO 28:1-10**

LA GRAN VIGILIA PASCUAL

Rvda. Loida Sardiñas Iglesias

Amados hermanos y hermanas. Nos reunimos en vigilia y oración, ante un sepulcro vacío, para celebrar que “nuestro Señor Jesucristo pasó de muerte a vida: [...] ésta es la Pascua del Señor, en la cual, escuchando su Palabra y celebrando sus Sacramentos, compartimos su victoria sobre la muerte” (LOC p. 205). En actitud vigilante, bendecimos a Dios por el misterio Pascual en el que hemos sido sepultados con Cristo en su muerte y somos levantados ahora con él, para la vida eterna. Ya no contemplamos en silencio y expectación un sepulcro vacío; esta noche -o madrugada- luminosa y gloriosa, asumimos una actitud vigilante, alerta y despierta al proclamar su victoria sobre la muerte.

La liturgia de hoy nos ofrece dos lecturas sobre este “estar en vigilia” ante el milagro de un sepulcro vacío. En primer lugar, la Carta del Apóstol Pablo a la comunidad en Roma,

nos recuerda que “por el bautismo fuimos sepultados con Cristo”. ¿Qué significa esto respecto a la actitud vigilante del creyente? Sin dudas, el Apóstol está hablando de las exigencias mínimas de la nueva vida en Cristo resucitado. A través del sacramento del bautismo sepultamos el pecado en nosotros y nacemos a una nueva vida. Y esto, no en una comprensión bautismal de espiritualidad intimista de renuncia del ser, sino como nacer a una *nueva forma de vivir el Evangelio en nuestra cotidianidad movidos por el Espíritu*, que es la auténtica espiritualidad evangélica. Nos unimos a Cristo, muriendo para vivir, pues “Si nosotros hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos con él”. La celebración de esta vigilia Pascual, que nos sitúa en perspectiva del paso de la muerte a la vida, nos insta hoy a asumir un verdadero compromiso con la superación del pecado en el mundo y su lógica de muerte; invita, de pie ante un sepulcro vacío, en victoria ante el sufrimiento y la muerte, a convertirnos en testimonio vivo del amor, la justicia, la entrega solidaria a nuestros prójimos, la lucha por la dignificación humana y la sanidad de los ecosistemas.

Por su parte, el evangelio de Marcos nos presenta una narrativa del sepulcro vacío a través del testimonio de tres mujeres vigilantes. Mientras los discípulos varones se esconden paralizados por el temor a los judíos, allí están María de Magdala, la más importante discípula de Jesús según consta en los testimonios evangélicos y de los Padres de la Iglesia, María la madre de Santiago, y Salomé. Aun en un contexto de predominio patriarcal, dentro y fuera de la primera comunidad de creyentes, en el más antiguo de los evangelios canónicos, estas mujeres sobresalen como protagonistas-testigos de la Resurrección y como modelos del seguimiento a Jesús.

Pero ¿cuál es la actitud de vigilia que se evidencia en estas mujeres? Ellas habían estado a los pies del Maestro en la cruz y más tarde se habían sentado expectantes ante el sepulcro. Evidentemente se encontraban tristes y apesadumbradas como discípulas que amaban al Señor y eran amadas por él, pues le habían visto padecer y morir injustamente. Seguramente esa noche recordaban todo cuanto le habían escuchado decir sobre el Reino de amor y cuánto le habían visto hacer andando a su lado por los caminos de Galilea y Judea. Evidentemente, se les hacía difícil creer que él hubiera sido asesinado de forma tan vil a pesar de tanto bien que había hecho a muchas personas. Todo parecía un mal sueño del que deseaban despertar.

Sin embargo, allí estaban: vigilantes y alertas aun en medio de su aflicción; yendo a comprar las mejores esencias y yerbas aromáticas que encontraron en el mercado, como era la costumbre; dirigiéndose con sus especias y paños a perfumar el cuerpo del Maestro, una vez pasado el sábado con sus estrictas leyes de reposo. No se quedan anonadadas, sino que piensan y actúan interpeladas por las circunstancias, sobre cómo remover la piedra de la entrada del sepulcro. El evangelio de hoy tampoco las presenta como simples seguidoras u oidoras de Jesús, sino como auténticas ministras de lo sagrado, mujeres que ungén y purifican el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Se reconoce en María de Magdala –quien no es prostituta arrepentida, ni esposa, ni madre de nadie, sino que es presentada por su lugar de origen- la lideresa y discípula indiscutible. Ella encabeza el grupo siendo la primera en ser nombrada, según el pensamiento semita donde el lugar define la importancia de la aludida o aludido. No es algo casual que ellas sean las que se mantienen allí en el sepulcro, vigilantes y actuantes, sino significativo y relevante en términos de esta narración evangélica semita.

Hasta ese momento quizás ellas no habían comprendido en toda su profundidad que el proyecto de Jesús era un proyecto de hacer, actuar y transformar para reconfigurar nuevas relaciones. Pero atravesar tan de cerca y tan comprometidamente el camino de cruz-resurrección, en permanente vigilia y actuación comprometida, les abrió los ojos para recomenzar una vida nueva y transformada. Ellas son las primeras que tejen una nueva relación de discipulado y seguimiento, un cambio radical de perspectiva ya no como simples expectantes y oyentes de la Palabra de vida, sino como discípulas activas, resucitadas con él y llamadas a actuar como Jesús, y a hacer aquello que el Maestro hizo. A ellas se les da el encargo de ir y anunciar la resurrección del Señor al resto de los discípulos.

Como cristianos y cristianas a veces nos hemos perdido en nuestros discursos teóricos que nos distancian de lo central que es la experiencia personal y comunitaria con el Resucitado; esa vivencia profunda con Cristo es lo que estas discípulas han experimentado. Su actitud vigilante, su permanencia en la fe actuante y transformadora, les abre la posibilidad de escuchar y comprender el mensaje de la resurrección: “ustedes buscan a Jesús de Nazaret, el que fue crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Miren el lugar donde lo pusieron”. Que ante ese lugar, el sepulcro vacío, permanezcamos vigilantes y actuantes para transformar la muerte en vida a nuestro alrededor; que en esta vigilia decidamos afrontar la enfermedad y muerte con el valor de estas tres mujeres discípulas y ministras que no huyen ante ellas; que seamos capaces de reconocer el protagonismo de las mujeres tanto en el ministerio apostólico de Jesús como en la primera iglesia cristiana y superar la deuda histórica con los ministerios femeninos, reconociendo en nuestras hermanas su vigilancia permanente por la salud y el bienestar

en nuestras familias, comunidades e iglesias y su compromiso con la realización del Reino de Dios. Amén.

La Rvda. Loida Sardiñas Iglesias es presbítera ordenada en la Iglesia Episcopal Anglicana, Diócesis de Colombia, donde ejerce su ministerio en la Misión San Juan Evangelista. Es Doctora en Teología por la Universidad de Hamburgo y profesora de la Pontificia Universidad Javeriana en Bogotá. Sus áreas de interés son Teología Sistemática, Ecumenismo, Ética.

Día de Pascua

COLECTA

Dios todopoderoso, que por nuestra redención entregaste a tu unigénito Hijo a muerte de cruz, y por su resurrección gloriosa nos libraste del poder de nuestro enemigo: Concédenos morir diariamente al pecado, de tal manera que, en el gozo de su resurrección, vivamos siempre con Jesucristo tu Hijo nuestro Señor; que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, ahora y por siempre. Amén.

READINGS:

HECHOS 10:34-43 O ISAÍAS 25:6-9; SALMO 118:1-2, 14-24; I CORINTIOS 15:1-11 O HECHOS 10:34-43; SAN JUAN 20:1-18 O SAN MARCOS 16:1-8

DÍA DE PASCUA

Rvdo. Israel Alexander Portilla Gómez

Hoy se celebra la fiesta más importante del cristianismo: la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, la Pascua, el paso de la muerte a la vida. No es simplemente una celebración, es “la fiesta de las fiestas”. La resurrección es la nueva creación. Cristo ha vencido al pecado y a la muerte, haciéndonos partícipes de esa nueva realidad.

Pongámonos en la situación de María Magdalena en su primera y cercana experiencia de encuentro con nuestro Señor resucitado, tal como nos lo narra bellamente el Evangelio de San Juan. En primer lugar, que sea una mujer testigo de la resurrección ya es un paradigma nuevo y restaurador de la dignidad humana. Recordemos que la mujer, en aquella tradición y época, era tratada como un objeto:

de niña, propiedad de su padre; casada, propiedad de su esposo; y viuda, bajo la tutoría de uno de sus hijos varones o la guía de los sacerdotes. Su vida era ser administrada por un varón. Incluso, el testimonio de una sola mujer no era válido o creíble. Sin embargo, hoy vemos como Jesús escogió mostrarse primero a quien se consideraba inferior en aquella sociedad.

Siguiendo el relato evangélico, María va al sepulcro -donde habían puesto el cuerpo de Jesús- el primer día de la semana, es decir, el domingo, muy temprano, antes de aclarar totalmente. Llevaba en su corazón el dolor de la muerte de Jesús; su angustia se amplió al ver que el cuerpo no estaba en el lugar donde se suponía debía encontrarlo. Cada uno de nosotros puede imaginar y ponerse en su lugar, porque también hemos experimentado en mayor o menor medida el sufrimiento de la pérdida, y sabemos que es sumamente punzante cuando se ama. Y es que el amor se resiste a la muerte, se opone a la negación y no se deja convencer de un destino de desaparición. El amor lleva sembrada la eternidad y la idea de una vida sin fin. En definitiva, cuando amamos no entendemos la muerte, nos duele, nos desgarra y nos hace sufrir inmensamente; nos hace sentir un vacío infinito, algo que nada parece llenarlo. Así debió sentirse María.

Desde ese estado de dolor, María habló a todos a quienes encontró sobre la ausencia del cuerpo: en primer lugar, a Simón Pedro y al otro discípulo, luego a los ángeles y finalmente, al supuesto jardinero, quien terminó siendo Jesús. No le reconoce, ni pasa por su mente la posibilidad de su resurrección, su dolor y su llanto no le dejan reconocer al Maestro; está ciega por todo el sufrimiento que corre en su interior. Desde el lugar del dolor y la desesperación, cuando la razón se nubla y sólo hablan las heridas de nuestro

corazón, no se puede reflexionar ni entender lo que sucede más allá.

Pero ocurre algo sorprendente y hermoso. Jesús se dirige a ella como si no la conociera; le pregunta: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?". Ella nuevamente le muestra su intranquilidad y dolor, e incluso le cuestiona si ha tomado el cuerpo. Ante esta situación, Jesús se compadece, se enternece con ella, ya no la trata como a desconocida; con sólo llamarla por su nombre: "María", la calma, se le revela. Ella reconoce la voz que pronunció su nombre tantas veces, porque María era una fiel discípula de Jesús quien, sin duda, era para ella toda su vida, todo lo que tenía, quien le hacía soñar y le había levantado cuando era rechazada, endemoniada y menospreciada; gracias a él había renacido, había experimentado el sentido de redención y el placer de vivir. Jesús le significa, no es una más; le conoce, le llama por su nombre: "María". No necesitó decir nada más para que ella inmediatamente volviera en sí y le reconociera como su Maestro, su Señor y su Dios. A partir de ahí, descargó su dolor, levantó su mirada, volvió la alegría y la esperanza. Podemos imaginar cómo su rostro habrá dibujado la mayor felicidad del mundo.

Luego, María contó todo lo que había experimentado: su interacción con Jesús, su gozo y alegría. Fue a testimoniar la resurrección, la victoria sobre la muerte con todo lo que ésta representa (llanto, dolor, injusticia, pecado, oscuridad y aniquilación). Todo alcanza ahora la luz. Aparece el resplandor de una vida más allá de la muerte con un decisivo y absoluto triunfo sobre todos los poderes del mal. Es un nuevo renacer, es la Pascua.

Hermanas y hermanos, aquí está la clave de nuestra fe: vivir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado y llevar esta alegría y este gozo a todos los que nos rodean. La historia de María Magdalena en el Evangelio no es un episodio estancado en el tiempo, es la narración de una experiencia viva a la que se nos invita en medio de nuestra historia, del llanto y del dolor, incluso ahora en medio de esta tragedia amarga de la pandemia, la cual ha dejado en nosotros tristeza, temor, angustia y padecimiento por las pérdidas de quienes amamos y conocemos; sin embargo, tenemos la certeza de que Jesús está con nosotros, su amor nunca nos abandona y en Él encontramos sanación a nuestras heridas y esperanza de una vida plena, recreada en la resurrección desde ya, desde ahora, hasta alcanzar el culmen cuando tengamos nuestro encuentro personal y definitivo con Él. No olvidemos que la realidad de la resurrección es nuestro último destino.

Finalmente, en actitud de oración, desde lo profundo de nuestra mente y nuestro corazón, digamos: Señor Jesús, calma nuestro llanto, apacigua nuestras preocupaciones y llena nuestros vacíos, así estaremos convencidos, sin duda alguna, de como tú pronuncias nuestro nombre cuando nos ves buscándote, tal vez afanados sin entender tus designios; nos llamas para dejarte encontrar y reconocer, para decirnos que caminas a nuestro lado en todas nuestras luchas y esfuerzos, para afirmarnos que en ninguna dificultad, por más difícil y extrema que sea, podrá vencernos la desesperanza, ya que en tu amor, no hay derrota; tu resurrección es nuestra resurrección, tu Padre es nuestro Padre y tu Dios es nuestro Dios. Amén.

El Rvdo. Israel Alexander Portilla Gómez es sacerdote en la Misión San Juan Evangelista, Diócesis de Colombia, donde ha ejercido el ministerio desde diciembre de 2016.

Para encontrar la Iglesia Episcopal más cercana, visite el Mapa de Activos Episcopales en episcopalassetmap.org.

Visite Sermones que iluminan en sermonsqueiluminan.org para encontrar sermones, estudios bíblicos, encartes para boletines y otros materiales gratuitos para su congregación.

Para obtener más información, póngase en contacto:

Christopher Sikkema

Gerente de Proyectos Especiales

La Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal

csikkema@episcopalchurch.org

Publicado por la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal, 815 Second Avenue, Nueva York, N.Y.10017

**©2021 La Sociedad Misionera Doméstica y Extranjera de la Iglesia Episcopal Protestante en Estados Unidos de América.
Todos los derechos reservados.**